

:: MEMORIA

Luis Alberto Heiremans

Eterno caminante... no transaste ninguna de tus certezas

Por Cristina Larraín H.

Legataria de Luis Alberto Heiremans



Retrato de René Combeau

Programa de Investigación y Archivos de la Escena Teatral UC.

Con motivo de la presentación de Colección Ensayos Críticos. Heiremans, Cristina Larraín, legataria de Luis Alberto Heiremans y su sobrina, compartió unas emotivas palabras. Reproducimos aquí algunos fragmentos, ya que reconstruyen desde una perspectiva íntima y humana la figura del destacado dramaturgo, constituyéndose como un valioso testimonio para la memoria teatral.

Cuando me invitaron a comentar *Colección Ensayos Críticos. Heiremans*, me pidieron que hablara desde lo que significa ser familiar de Heiremans –soy su sobrina. Entendí, por lo tanto, que mi apuesta debía ser más personal. De igual modo, volví a releer toda su obra y los ensayos de este libro donde me quedaron resonando algunas frases: “buscó la renovación del arte dramático”; “uno de sus principios de los que nunca claudicó fue la poesía y el drama como expresión de una realidad impalpable”; “teatro poético y expresionista que incorpora símbolos de la tradición popular, los subyuga dentro de una puesta en escena simbólica”; “búsqueda desesperada de la trascendencia”; “los personajes viven experiencias que los transforman y que ya no hay vuelta atrás como en *Versos de Ciego*”; “personajes errantes que parecieran ir de un lugar a otro”. ¡En fin! Finalmente, decidí reconstruir la figura de Luis Alberto Heiremans desde las cartas aún inéditas que él le escribía a mi abuela en sus viajes. Ella, laboriosamente, las archivó, teniendo un registro que da cuenta de la cultura de la época, de su búsqueda y del significado de su camino. Desde ahí me situó.

Para mí, y tal vez para muchos de la familia, no eras, Luis Alberto Heiremans, el escritor, ni el actor, ni el narrador que incursionó en la novela y en el cuento para, al final, quedarse con el teatro. Para nosotros eras el Tío Tito, eras el personaje que aparecía, pero que luego ya las emprendía. Estás en París, en Londres, en Estados Unidos, es decir, casi siempre viajando. Así nos acostumbramos contigo, atípico.

Eras médico pero se rumoreaba que había sido una imposición familiar y que al momento de recibir tu título lo habías donado a mi abuela. Vivías en una casa enclavada en la mitad de un sitio con un jardín desordenado y enmarañado, y esto parecía no importarte. No tenías auto en un mundo en que las cuatro ruedas eran fundamentales y privilegio de no tantos. Preferías la micro, para empaparte de lo que estaba pasando. Llamabas por teléfono en las tardes y te quedabas largo rato para que uno te contara las historias de colegio, específicamente las de la monja Julia que me producía verdadero pavor con sus hábitos chorreados y con una Biblia en la mano persiguiéndonos con el fin del mundo... causa de mis desvelos para siempre. Eso te gustaba.

Eras bello, decían, pero parecía no haberte importado nada. Al contrario, siempre hacías mofa de tu forma de anti héroe.

Pero así, como en las obras de teatro, los personajes, en especial, los de la trilogía, andan desesperadamente buscando algo: tú también lo hacías. Tal vez sabías que tu tiempo se medía de una forma distinta, sentías que este país te quedaba un poco estrecho, necesitabas respirar algo que no estaba al lado de los tuyos que te aprisionaban. Y te ibas. Y buscabas. Y te dedicabas casi solamente a tu escritura. Fuiste un buscador incesante y eso no necesariamente se entendía.

En una de las ocasiones en que te vas de Chile, y, al parecer, no es entendido, le aclaras en una carta a mi abuela tu desesperada necesidad, en el día de su cumpleaños:

He estado enfermo durante mucho tiempo. Enfermo de no poder salir de mí mismo, de dar vueltas en mi interior como un caracol, casi sin respirar. Hay seres que tienen un alma demasiado grande para el cuerpo y esta golpea las paredes, trata de acomodarse y al hacerlo hiere y duele como una cosa viva. Cuando me vine a Europa estaba enfermo. No bastaba llegar y construir. La fabricación de un individuo, es mucho más difícil de lo que se pueda imaginar. El niño que se ha creado en un momento necesita, para transformarse en hombre, una lenta elaboración. Creo que la mía ha sido más que lenta. Pero las cosas terminan por suceder. Durante mi estadía acá, todo eso estaba sucediendo. La venida de Techa [su hermana y mi madre] lo demoró, lo vigorizó con toda la frescura de su cariño que siempre me ha traído, pero cuando quedé solo, los hechos se precipitaron. Entonces fue cuando empecé a descender. Día a día me sentía bajar hacia algo que no sabía muy bien lo que era, pero se parecía mucho al aniquilamiento. No crea que tenía miedo, tan solo una gran desesperación, supongo que sucederá lo mismo cuando uno se está ahogando. Pero hay un fondo, un fondo que uno irremediamente alcanza y una vez allí no se puede sino subir. Ahora estoy en la etapa constructiva y he empezado a respirar nuevamente, lenta con el irrefrenable buen sentido del burgués. Pienso que la reconstrucción será lenta. No quiero precipitarme, ni tomar decisiones. Necesito estar así, solo y descubrir la almendra de mi secreto y de mi vida. La vida camina hacia adelante y uno tiene que avanzar con la corriente.

Entremedio de la tragedia y del dolor, siempre uno se encontraba con tu humor. Estudiando actuación en Londres, el año 1956, y muy orgulloso con la flexibilidad que habías logrado y que, al parecer, no era tu fuerte, comentas sobre los papeles que te dieron: "Estamos trabajando en el *Jardín de los Cerezos* y a mí me ha tocado el papel de Trofinov, el estudiante que lo será toda

su vida. No sé si es una alusión personal". O bien, cuando te dan el papel de Romeo, señalas: "es un personaje que en una época me hubiera gustado hacer, pero hay que crecer con su cuerpo para darse cuenta que uno ya no es. Tendré que enfrentarlo con otra mirada, una que concuerde con mi calvicie".

Discreto y fino, acepta los comentarios, pero cuando siente que le tocan su ser y su búsqueda más profunda, no duda en aclarar. No acepta concesiones. Al hablar de sus cursos de arte dramático y el rumbo de su vida cada vez más cercano al teatro –cada vez más alejado de la medicina y de su país–, mi abuela se refería a su hobby. En una carta de inmediata respuesta, Luis Alberto es tan rotundo como su búsqueda: "no es mi hobby como usted lo llamaba supongo que en broma, es mi vida simplemente. Y no creo que haya nada que agregar a esto. Espero que en el futuro nada me hará cambiar de opinión porque es aquí donde verdaderamente puedo ser y hacer algo".

Y así nos acostumbramos a este personaje lleno de alma, sencillo, que cuando estaba aquí tenía gran presencia; pero que en cualquier minuto, ya no estaba. A lo que nos costó acostumbrarnos fue a perderte, a que te enfermaras tan joven, a que ya no anduvieras más de viaje, a saber que ya no te veríamos más. Cada uno a su manera y desde su edad, te lloró y te extrañó profundamente. Nos quedamos con el eco de tu voz, pero no podíamos ver tu cuerpo desplazándose casi a ras del suelo para ir a recibirnos los días domingo.

La última carta tiene por fecha el 15 de abril de 1964, donde, como siempre, tienes la delicadeza de hablarle a mi abuela de una intervención corta y sencilla y le aclaras enfáticamente que ahora todo estará en orden. Seis meses después falleces en tu casa de Santiago.

Y así ha sido. Ya nos estamos acostumbrando a que de pronto desaparezcas, pero siempre de alguna forma vuelves, alguien habla de ti, permanentemente se hacen obras, incluso este año has reaparecido con fuerza y tu amiga Carmen Barros está empeñadísima en montar la primera obra musical de este país, *La señorita Trini*, que hicieron en conjunto. Y así va a seguir siendo. Eterno caminante que no transaste ninguna de tus certezas, que fuiste fiel a todas y cada una de ellas, obligando casi insistentemente que te entendieran porque no querías desentenderte de tu familia. Nos quedamos con tu frase:

Hay hombres que han tenido una visión. Que han visto el orden de repente. Hombres que lo llevan escrito en la frente y en los ojos como si les hubiera tocado una luz. Tal vez ellos podrían reconstruir el mundo si tuvieran la oportunidad, si logran agarrar lo que entrevieron... Pero en medio de la búsqueda casi siempre los agarra la muerte.

Esperamos que en cualquier momento estés entre nosotros así como también que de pronto desaparezcas. Te queremos.

Tu descendencia.